





# 1971

## ● Jaime Torres Bodet

Uno de los escritores y políticos más significativos de nuestro tiempo, ejemplo de toda una generación de hombres que llegaron a destacar, tanto en lo político como en lo cultural, en el México posrevolucionario. Nació en la Ciudad de México, el 17 de abril de 1902, en el seno de una familia unida, sometido a la estricta disciplina impuesta por su madre, quien le hacía leer a autores como Erasmo de Rotterdam, Stendhal y Balzac entre otros, que posteriormente habrían de tener gran influencia en su vida. Más tarde, a la edad de diez años, ingresó a la primaria, en el plantel anexo a la Escuela Normal de Maestros, para luego continuar sus estudios en la Escuela Nacional Preparatoria. Eran los tiempos en que México estaba envuelto en los sucesos de la Decena Trágica y el ascenso al poder de Victoriano Huerta.

El mismo Torres Bodet señaló: “la muerte de Madero desencadenó en el país un movimiento profundo de rebeldía. A pesar de lo cual, nuestros trabajos escolares se reanudaron ¡Pero en qué circunstancias! Huerta no vaciló en ordenar la militarización de la Escuela Preparatoria. Al leer la noticia, sentí deseos de no volver a San Ildefonso.”

Sin embargo, no suspendió sus estudios y a los dieciséis años finalizó su educación preparatoria para ingresar inmediatamente en la Escuela Nacional de Jurisprudencia y en la Escuela de Altos Estudios, en 1918.

Al cumplir los dieciocho años de edad, inició sus primeras actividades de índole académico, al impartir clases de literatura en los cursos libres preparatorios de la Universidad Nacional de México. Al mismo tiempo, Manuel Toussaint, Rafael Cabrera, Genaro Estrada, Carlos Barrera, José Gorostiza y Javier Villaurrutia se iniciaron como traductores, seleccionadores y prologuistas en la editorial Cultura, propiedad de Julio Torri y Agustín Loera.

En 1921, Torres Bodet fue nombrado Director de la Escuela Nacional Preparatoria, cuando tenía diecinueve años, y al año siguiente fue elegido por José Vasconcelos, como su Secretario particular, por considerar que era muy joven para ocupar el puesto de Director de la Escuela Nacional Preparatoria, según manifiesta el mismo Torres Bodet en sus memorias.

Su desempeño como Secretario Particular del Rector de la Universidad no fue un obstáculo para que siguiera interesado en seguir escribiendo, y prueba de ello es que, en 1922 y hasta el año siguiente, fundó y dirigió, junto con Fernando Ortiz de Montellanos, la revista literaria Falange.

En 1921, el departamento de educación se elevó al rango de Secretaría de Estado, por lo que al año siguiente Torres Bodet ingresó a laborar en este Ministerio, con el cargo de Jefe del Departamento de Bibliotecas.

Al terminar sus funciones en 1925, reingresó al mundo académico y se dedicó a impartir clases de Literatura Francesa en la Facultad de Altos Estudios de la Universidad Nacional de México; posteriormente, pasó a dirigir la revista Contemporáneos hasta el año de 1931.

Corría el año de 1929, cuando Plutarco Elías Calles fundó el Partido Nacional Revolucionario, con esto, el país entró ya en su etapa de pacificación; en ese momento, es cuando Torres Bodet inició una larga carrera diplomática, pues ingresó al Servicio Exterior Mexicano, siendo nombrado Secretario de la Legación Mexicana en Madrid.

Al finalizar sus funciones en Madrid, se trasladó a París para desempeñar el mismo cargo de 1931 a 1933. Al año siguiente, fue enviado como encargado de negocios en Buenos Aires; posteriormente, regresó de nueva cuenta a Francia para desempeñarse como Primer Secretario de la Embajada en ese país, cargo que ocupó hasta 1936, cuando fue nombrado Jefe del Departamento Diplomático en la Secretaría de Relaciones Exteriores, mismo que no dejó de despertar ciertos sentimientos de animadversión de algunos de sus contemporáneos, como fue el caso de Daniel Cosío Villegas, que señaló:

“Jaime Torres Bodet, Jefe del Departamento Diplomático en la Secretaría de Relaciones Exteriores, organizó una vasta intriga que le costó a Alfonso Reyes su puesto de Embajador en Brasil. Olfateando la mala situación del gobierno, Jaime propuso cesar a todos los jefes de nuestras misiones y sustituirlos por encargados de negocios, que ganaban sueldos menores y a quienes no se les daba gastos de representación y mantenimiento de la misión. Por supuesto que él quería hacerse cargo de la legación en París. El Presidente Cárdenas aceptó la idea sin mayor reflexión y ordenó ejecutarla enseguida, y esto a pesar de que se venían encima los problemas diplomáticos que trajo la expropiación petrolera y de que el ahorro apenas alcanzaría unos escasos doscientos mil dólares.”

De esta manera, en 1938 y hasta 1940, pasó a ser encargado de negocios en Bélgica, año en que fue designado Subsecretario de Relaciones por el Presidente Manuel Ávila Camacho; seguidamente fue seleccionado para ocupar por primera vez la Secretaría de Educación Pública. Durante su permanencia en esta Secretaría se estableció la Comisión Revisora y Coordinadora de Planes Educativos, Programas de Estudio y Textos Escolares.

También fundó el Comité Administrativo del Programa Nacional contra el Analfabetismo, así como el Instituto Nacional de Capacitación del Magisterio, la Escuela Nacional de Bibliotecarios, la Escuela de Arte Teatral y la Biblioteca Enciclopédica Popular. Quizá lo más destacado de su labor en la Secretaría de Educación durante este periodo, fue su intervención en la modificación del artículo 3° Constitucional. Al respecto, Lombardo Toledano apunta: "Cuando entró Torres Bodet se reformó el artículo 3° Constitucional, eliminando lo referente a la educación socialista."

El hecho es corroborado de manera más directa por Jesús Silva Herzog: "A mí me parece bien el artículo 3° que redactó Jaime Torres Bodet en 1945. Es un artículo humanista que sostiene algunos principios necesarios en México, por ejemplo, ordenando que en las escuelas primarias, en las normales y en las escuelas para obreros y campesinos, no debe enseñarse ninguna religión."

En el plano de obras materiales, inició la construcción de la Escuela Nacional de Maestros y la Biblioteca México, en la Plaza de la Ciudadela.

Cabe señalar que su carrera política no se vio truncada al terminar sus funciones como Secretario de Educación, ya que Miguel Alemán, sucesor de Manuel Ávila Camacho, como Primer Magistrado de la Nación, designó a Jaime Torres Bodet Secretario de Relaciones Exteriores.

En 1948 tomó posesión como Director General de la UNESCO, creando: el Consejo Internacional de Filosofía y Ciencias Humanas; el Centro Regional de Educación Fundamental para la América Latina, con sede en Pátzcuaro, Michoacán; la Asociación Internacional de Universidades; el Comité Consultivo sobre las Zonas Áridas; el Centro Internacional de Cálculo Mecánico y el Centro Europeo de Investigaciones Nucleares. La UNESCO uniformó el sistema Braille, adoptó la Convención Universal del Derecho de Autor y dentro del plan de asistencia técnica de la ONU, envió misiones de educadores, científicos y técnicos a países de África, América, Asia y el Medio Oriente.

Debido a la posición de algunos países occidentales de no pagar sus cuotas, situación que ha perdurado hasta nuestros días, se vio en la necesidad de renunciar a su cargo, siendo más tarde, Embajador de México ante el Gobierno de Francia.

Al año siguiente, ocupó nuevamente la Secretaría de Educación Pública nombrado esta vez por el Presidente Adolfo López Mateos. Durante ese periodo estableció el Comité Federal del Programa de Construcción de Escuelas; asimismo, se llevó a cabo una reforma en los planes de estudio de los sistemas de educación media, así como la ejecución del plan de once años para la extensión y el mejoramiento del sistema educativo nacional. De igual manera, instauró la Comisión del Libro de Texto Gratuito, los primeros centros de capacitación para el trabajo, así como también inauguró una serie de obras ejecutadas durante su administración, sobre todo museos y centros educativos, entre los que destacan: "La galería del pueblo mexicano por su libertad" (Museo del Caracol), el Museo Nacional de Antropología, el Museo de Arte Moderno, El Museo Nacional del Virreinato y la Pinacoteca Virreinal.

En 1953 fue electo miembro titular del Colegio Nacional, de la Academia Mexicana de la Lengua y del Instituto de Francia, así como Presidente de la Academia de Bellas Artes, de 1959 a 1967.

En el año de 1966 recibió el Premio Nacional de Letras, el título de Doctor Honoris Causa, de las Universidades de Alburquerque, Burdeos, La Habana, Lyon, París, Mérida, Sinaloa y el sur de California.

Para finalizar; haremos referencia a su perfil como escritor y mencionaremos lo que Antonio G. Barrera apuntó sobre su persona: "Fue muy precoz, en la adolescencia, casi en la niñez, su espíritu, su manera de ser, su dedicación, lo acercaron a Enrique González Martínez. Muy buen lector. Muy inteligente. Si no le hubiesen atraído tanto desde joven la burocracia y la política, sería hoy, en prosa, más importante que Alfonso Reyes. Tras la influencia de González Martínez, viene la influencia de Pedro Salinas. Con los años ha perdido la vena poética. Escribe poemas muy trabajados, muy perfectos, pero carentes de auténtica emoción. Es un sagaz crítico literario y un magnífico ensayista. Su prosa es casi perfecta. Me parece, entre los contemporáneos, el escritor más completo."

En 1971 se le otorgó la Medalla de Honor Belisario Domínguez del Senado de la República, por mexicano ilustre que ha prestado, por su saber y su virtud, servicios eminentes a la Patria y a la humanidad. Jaime Torres Bodet murió en la Ciudad de México en 1974, a la edad de setenta y dos años.

### DISCURSO DEL SENADOR ENRIQUE GONZÁLEZ PEDRERO

C. Presidente de la H. Cámara de Senadores; C. Secretario de Gobernación, Licenciado Mario Moya Palencia, Representante del Señor Presidente de la República; C. Alfonso Guzmán Neyra, Presidente de la H. Suprema Corte de Justicia de la Nación; C. Diputado José Casahonda Castillo, Representante de la H. Cámara de Diputados; señores invitados; H. Asamblea:

Jaime Torres Bodet es un mexicano que, desde joven, ha tenido fe en la palabra. No puedo arriesgarme, pues, a hacer un uso vano, solemne o retórico de la palabra al intentar decir, brevemente, algunas de las profundas razones que ha tenido este Senado de la República para concederle la Medalla Belisario Domínguez. Esa medalla se otorga ahora no sólo al honesto y brillante hombre público sino al hombre de cultura, al humanista, al que ha sabido integrar los más altos valores del espíritu en todos los actos de su vida. Tener fe en la palabra significa creer en el lenguaje como el ámbito donde los hombres pueden acercarse más a sí mismos y a la verdad. Significa, también, rechazar el sofisma -atribuido a Talleyrand- de quienes la emplean más para disfrazar el pensamiento que para decir las cosas tal como son, para propiciar el encuentro, la solidaridad y la comunicación humanas.

Torres Bodet, como Belisario Domínguez, no se ha servido nunca de la palabra para fines mezquinos o para revestir por fuera lo que por dentro está vacío, o es oscuro, o ambiguo, o inconfesable. "Nunca hablé para destruir", ha dicho y esa confianza en las virtudes creadoras de la palabra, hablada o escrita, para engendrar los valores de la inteligencia y

favorecer el mejoramiento de las condiciones materiales en que viven los hombres, determinó el curso de su vida y evitó que cediera a una atracción no menos tentadora de aquel otro canto de sirenas que sedujera a Ulises: la del "divino canto del silencio", que rondaba al adolescente, todavía reacio a una vida activa en la que el vértigo de un movimiento muchas veces incierto y azaroso amenaza dispensar y destruir la esencia interior del hombre.

Obligado a vivir fuera de sí mismo por los deberes de una vida pública que aceptó por vocación humanista, hizo suyas las palabras de John Donne: "La muerte de un hombre me disminuye porque estoy ligado a la especie humana..."; Torres Bodet dirá: "un hombre murió en mi siempre que un hombre murió en cualquier lugar, asesinado por el miedo y la prisa de otros hombres." Entre las tentaciones de la soledad y el llamado de la solidaridad se debatían siempre el poeta y el hombre sensibilizado a las miserias, las carencias, las injusticias que acosan a tantos hombres, en nuestro país y en todos los rincones del mundo. Él mismo ha declarado que "entre el mundo y la torre de marfil, lo que importa es el mundo, siempre." Pero no vayamos a confundirnos; el mundo al que así se refiere es el de la búsqueda y la realización de las más auténticas aspiraciones de la condición humana, no el pequeño mundo de las ambiciones personales, las posesiones concretas y los éxitos externos y transitorios. Su obra de creación literaria y su obra de creación práctica en los campos de la educación, la política y las relaciones internacionales, no han estado jamás divorciadas entre sí. La obra literaria lo ha ayudado "a vivir en profundidad." Gracias a ese contacto nunca abandonado con su verdad íntima, no ha caído en el desvarío superficial de apoyarse "exclusivamente en el mundo exterior", ha sabido buscarse y entenderse "un poco más cada día, no en la realidad transitoria de lo que cada hombre posee o cree poseer; de lo que representa, o cree representar; sino en la realidad -caso modesta, pero absoluta- de lo que es."

Estas palabras de 1965, formuladas después de cuarenta y cuatro años de actividad pública, incesante, no contradicen la aspiración de sencillez, de vida serena, que Jaime Torres Bodet había recogido en un poema de 1923. "Oler un olor tibio de sol y de manzanas. Decir cosas sencillas, Las que inspiran amor. Palpar en el durazno, la redondez del mundo. Saber que todo cambia y que todo es igual. Sentirse, ¡Al fin! maduro, para ver, en las cosas, nada más que las cosas: el pan, el sol, la miel..." Podría atribuírsele esa cualidad excepcional que él mismo supo reconocer en Alfonso Reyes: la de vivir la vida como poesía, sabiendo que "la poesía no está sólo en los libros, sino en los actos."

Vida fecunda y generosa, vasta y a la vez unitaria y coherente la de Jaime Torres Bodet. Profesor de la Literatura a los dieciocho años; poeta mucho antes y siempre; Director de la UNESCO veintiocho años más tarde; Secretario de Educación Pública por dos veces y de Relaciones Exteriores cuando se forjaban instituciones internacionales hoy vigentes, comenzó su carrera pública como Secretario del Rector Vasconcelos, después de haber desempeñado la Secretaría de la Escuela Nacional Preparatoria. Principio afortunado para un joven precozmente preocupado por la cultura y ocupado ya en ella, al lado de quien sería el recreador de la Secretaría de Educación Pública cuando la Revolución empezaba a asentarse y era posible ya "recoger los hilos de lo que había dejado sin concluir Justo

Sierra: "Vasconcelos pensaba que sólo los inútiles y los necios gustan deshacer lo que de útil y eficaz han construido antes otros hombres, "... yo recordaba, advierte Ulises Criollo, el secreto de las grandes catedrales de Francia: debajo está el adoratorio druida; encima la construcción romana, cubriendo apenas los sótanos; encima la obra romántica y, por último todavía, en la fachada, la torre suele ser del quince. ¡Tal es el método de la obra social en grande, tarea de las generaciones!" ¿No es acaso ese mismo espíritu el que alberga el Secretario de Educación Pública en los años de 1943 a 1946? He aquí un texto significativo que alude aquella etapa en el primer tomo de sus memorias. Años contra el tiempo: "... los servidores públicos, en cargos transitorios, no son sino momentáneos participantes en una carrera irónica de relevos. Encienden, a veces, alguna antorcha. Corren con ella. Y, mientras corren, manteniéndola en alto, tienen que preguntarse -inevitablemente- si el corredor que los sustituya la apagará."

Encargado en 1959, por segunda vez, de la ardua tarea educativa supo apreciar, sin reserva alguna, la notable labor del inspirador de las bibliotecas populares, las ediciones de autores clásicos, las misiones educativas, la cruzada contra el analfabetismo. "Los años de su tránsito por la Secretaría de Educación Pública diría, refiriéndose a Vasconcelos, fueron impresionantes" Honestamente, sin caer en la exageración, lo mismo podemos decir ahora de Jaime Torres Bodet.

Basta recordar cómo, durante su primera gestión, creó la Comisión Revisora y Coordinadora de Planes Educativos Programas de Estudio y Textos Escolares; reinició, con tenacidad y persistencia ejemplares, la lucha contra el analfabetismo; constituyó el mecanismo para implementar el Programa Federal de la Construcción de Escuelas; fundó un Instituto para capacitar a maestros no titulados e incorporarlos al esfuerzo por modernizar y difundir al máximo la educación en el país; creó la Escuela Nacional de Bibliotecarios, la Escuela de Arte Teatral, la Biblioteca México; comenzó la construcción de la Escuela Nacional de Maestros; puso en marcha el Museo Nacional de Historia y depositó todo su empeño en la edición de una Biblioteca Enciclopédica Popular que habría de tener hondas y magníficas repercusiones.

En la reforma del Artículo Tercero Constitucional, quizás el más espinoso de los problemas que se plantearon entonces al Secretario de Educación, Torres Bodet dio un ejemplo de claridad mental, de valor político, de lógica histórica y honestidad social, de lealtad a la Nación y de coherencia democrática y cultural. Se trataba de dar al Artículo que establecía el carácter de la Educación Nacional una redacción más congruente con la realidad que vivía el país y con el espíritu mismo de la Constitución. Jaime Torres Bodet hizo entonces lo que siempre han sabido hacer los servidores públicos prudentes: escuchar, oír con paciencia a los hombres y las organizaciones capaces de aportar sugerencias, recoger lo mejor de cada una de ellas e integrar así una decisión coherente y eficaz. No desconocía los peligros políticos ni los delicados conflictos de conciencia que podían suscitarse, y todo ello fue tomado en cuenta. El proyecto que en definitiva se presentó al Congreso fue el resultado de liberalismo del Presidente Ávila Camacho; de las tesis de progreso científico y democracia integral de Lombardo Toledano; de las preocupaciones del Sindicato

Nacional de Trabajadores de la Educación por el perfeccionamiento de nuestro régimen democrático sobre las bases de una convivencia más humana y más justa. Pero, sobre todo, fue el fruto de la sensibilidad, la experiencia, el conocimiento del Estado Mexicano, la prudencia, la cultura y la capacidad de síntesis -que no son pocas cualidades- del gran Secretario de Educación que fue Jaime Torres Bodet.

En sus memorias, el sutil observador de sí mismo registra su reacción ante el triunfo y la aprobación del Proyecto: "...me quedé un momento meditabundo. No he sabido jamás apreciar la verdad del éxito. Cuando un trabajo concluye me parece que ha desaparecido -de pronto- una porción de mi propio ser." La misma sensación del artista cuando termina la obra, del científico que culmina la investigación con un notable descubrimiento: es el vacío de quien ha puesto toda su persona, de quien se ha entregado en plenitud a la creación de algo fuera de sí mismo que lleva, sin embargo, todo el peso de su fuerza interior.

Sólo un nuevo proyecto puede llenar esa carencia. Y un nuevo proyecto no faltó nunca en la voluntad de hacer que ha caracterizado la vida pública del Señor Torres Bodet.

Su sentido de la permanencia histórica de los esfuerzos y de la necesidad de construir nuestro desarrollo, en todos los campos, sin bruscas soluciones de continuidad, lo condujo a formular, al iniciar su segunda gestión educativa, un plan a largo plazo tendiente a ampliar y mejorar la enseñanza en los niveles primarios. Gracias a ese plan se elevó en dos millones y medio, en un periodo de seis años, el número de alumnos de escuelas primarias. Se creó la Comisión de Libros de Texto Gratuitos; se fundó el Centro de Investigación y Estudios Avanzados del Instituto Politécnico Nacional y se inauguró la Unidad de Zacatenco; se cuadruplicó el subsidio otorgado a las Universidades y se crearon numerosos institutos tecnológicos regionales y centros de capacitación para el trabajo agrícola e industrial, previniendo las crecientes exigencias de destrezas técnicas planteadas por nuestro desarrollo económico y la necesidad de salidas laterales para estudiantes de escasos recursos. La Pintoresca Virreinal, el Museo Nacional de Antropología, el Museo de Arte Moderno son hermosas y brillantes manifestaciones de la alta dimensión cultural que supo dar a su labor en el difícil encargo de velar por la formación integral del mexicano.

Un hombre de Estado francés -no digo político, porque hago la diferencia entre las perspectivas de uno y de otro, como lo hago también, entre las del literato y las del hombre de letras- ha dicho que la identidad política de un ciudadano debe buscarse, en principio "en la representación que éste se haga de los problemas generales del mundo moderno y, en consecuencia, de las concepciones que tenga de la política llamada exterior." Llamada exterior, dice, porque en su opinión los antagonismos que surgen de la esfera tradicional de la política doméstica se han debilitado en los tiempos que corren.

Las querellas internas serían, en buena medida, un resultado de la política que se hace fuera de las fronteras nacionales. Claro que ello está íntimamente ligado a la mayor o menor soberanía del país en cuestión. Pero, de cualquier manera, a nadie escapa que la incidencia de lo exterior sobre lo de adentro es cada vez más amplia. ¿Cómo tener una visión precisa y lúcida de la política interna sin manejar las variables motivaciones de la política llamada exterior que es, en todo caso, una política de poder? El Secretario de Relaciones

Exteriores, Jaime Torres Bodet, lo expresó así: "El que no tiene las fuerzas que su política necesita, debe tener la política de las fuerzas de que dispone." Y, en el caso de México, esas fuerzas han sido y son jurídicas y morales; el derecho, la razón, la franqueza, la dignidad. La cooperación entre países soberanos no debe suponer jamás una abdicación de esa soberanía. Hoy, como entonces, México sostiene la igualdad jurídica entre los Estados y, como ha dicho el Presidente Echeverría ante las Naciones Unidas, ha llegado el momento de destruir los nexos de la servidumbre, dándole un mayor fundamento económico al concepto político tradicional de soberanía.

México se enfrentaba, en 1947, a serias alternativas en las relaciones internacionales. Los principios rectores: mantener la dignidad nacional a la vez que la solidaridad con todos los pueblos, el apego al derecho de gentes y, a la vez, un vigilante sentido de la realidad. Durante la guerra se había celebrado la Conferencia de Chapultepec. De allí había salido el compromiso de reforzar la defensa colectiva del continente, integrado por países jurídicamente iguales, pero con la primacía indiscutible de uno de ellos. Después se crearía, en San Francisco, la Organización de las Naciones Unidas ¿Cómo cumplir con el compromiso derivado de Chapultepec sin debilitar, por otra parte, a la naciente organización mundial? El artículo 52 de la Carta de San Francisco admitía la posibilidad de una acción regional, pero sólo en el caso de que esa acción no contrariara los propósitos y principios de las Naciones Unidas. Olvidarse de ese principio equivalía a olvidarse de los intereses latinoamericanos y pecar, además, de falta de realismo. La cordura indicaba una alteración en el calendario de las dos conferencias en perspectiva; reunirse primero en Bogotá, para discutir las bases de la constitución del Sistema Interamericano y solo entonces, con plena conciencia de lo que habría de defenderse, ir a Río para poder adquirir, sin hacerlo a ciegas, compromisos militares y políticos. "Pero la lógica de los pueblos débiles puede muy poco frente a la voluntad de los poderosos..."

Torres Bodet se sabía depositario de esa fuerza "que sólo menosprecian los cínicos; la fuerza moral de la tradición mexicana en el campo de la política exterior." Era importante, pensó entonces, "invocar esa fuerza augusta. Y era urgente invocarla pronto." De la sutil intervención de nuestra Cancillería en la Conferencia de Río de Janeiro se obtuvo aquello a lo que era posible aspirar en ese momento, con realismo y sin faltar a compromisos previos. México había propuesto que las medidas de carácter militar sólo obligaran a los gobiernos que las hubieran votado expresamente. El acuerdo fue que la votación solidarizaba a todos los miembros, con una reserva: No podría obligarse a ningún estado a emplear la fuerza armada sin su consentimiento. Se hacía, además, la distinción entre agresión y ataque armado, especificando que la ayuda, en este caso, sólo procedería por solicitud del Estado atacado. Las decisiones finales corresponderían a las Naciones Unidas. Se difería la discusión acerca de un Estado Mayor Interamericano por lo que México quedaba en libertad de oponerse, en Bogotá, a su establecimiento. Así lo hizo y esa postura justa logró prevalecer. También en la Carta de la Organización de los Estados Americanos quedó la huella de las doctrinas mexicanas, de la vocación de nuestro país por la democracia y el trato justo y no discriminatorio en las relaciones entre los pueblos. Los principios de auto-

determinación y no intervención se incorporaron al estatuto jurídico de la OEA y ese era un triunfo para los postulados fundamentales de la política exterior de México. La letra y el espíritu de los acuerdos de Bogotá eran claros y justos. Su eficacia práctica dependería ya, y eso lo sabía nuestro Secretario de Relaciones, de que la democracia “no fuera un mito” en muchos países de América.

Torres Bodet fue a la UNESCO sin hacerse ilusiones acerca de su frágil y vulnerable condición, pero con la íntima certidumbre de que el único camino para asegurar de manera perdurable la concordia entre los hombres era educándolos para la libertad y difundiendo en todas las poblaciones del mundo la confianza en la facultad del ser humano para implantar una convivencia justa en la tierra. “..a pesar de todos nuestros errores, la piedad y la inteligencia no podían declararse vencidas de antemano. Eran las alas -recapitula en sus memorias- que le faltaban a la victoria.” A las que desgraciadamente serían cortadas muy pronto por el egoísmo, el miedo y la indiferencia de muchos gobiernos, cuando apenas empezaban a asomar tímidamente. Estos recursos eran destinados a una desenfrenada carrera de armamentos y nadie pensaba en la educación, la ciencia y la cultura como la única arma capaz de garantizar la paz. Torres Bodet no quiso hacer un juego en cuyas reglas, tramposas, e hipócritas, no creía. El mexicano honesto, “insistente y terco” como él mismo se califica, que prefirió la renuncia a la mentira, el engaño y el sometimiento, merece, por ello, nuestro respeto y nuestra admiración.

En medio de su vida activa, Torres Bodet volvió a la palabra siempre que algo demasiado evasivo, demasiado imponderable por tocar precisamente estratos profundos del ser, parecía escapársele en el vértigo de los hechos. Escribía entonces para reencontrarse a sí mismo. Nada de desmesura hay en su obra y es con pudor, con ese deseo suyo de hacer “el menor ruido posible” como vuelve una otra vez sobre las constantes que obsesionaron a los poetas: la memoria, el olvido, la brevedad del tiempo, la muerte. “Enterrado vivo/en un infinito/dédalo de espejos”, el poeta Jaime Torres Bodet nos devuelve nuestra imagen, la que todos hemos de encontrar algún día al enfrentarnos, en soledad, con nuestro destino.

Conociendo y amando entrañablemente a México, como todos aquellos jóvenes que en la década de los veinte gustaron de llamarse Contemporáneos por un válido deseo de serlo en relación con todo lo que entonces tenía vida y vigencia en el mundo, ha sabido conocer y amar lo que es patrimonio de todos los hombres. Si la experiencia le ha traído algún desaliento porque “..no hay más amistad real entre los países. Ni más quietud en el alma, ni más confianza en la obra de la verdad...” y “nunca el progreso técnico estuvo en desproporción más flagrante con el progreso moral. La ciencia sirve a los fuertes. La cultura vive hasta el punto en que los fuertes quieren que viva. Y la justicia cierra los ojos”, si ha comprobado todo eso y el hacerlo lo ha llenado sin duda de tristeza, no ha desfallecido su confianza en las reservas inagotables de la condición humana. Las palabras que cierran la última página del tercer libro de sus apuntes autobiográficos hacen un retrato suyo mucho más fiel que cualquiera que yo pudiera intentar: “Vino a mi memoria una sentencia de Geothe. ‘Si quiere saber lo que vales, trata de cumplir con tu deber’.. iba a averiguar lo

que vale, a solas, un hombre libre. Libre de sus obligaciones públicas, pero no del pacto que hizo -consigo mismo- en las horas más hondas de su existencia: afirmar su destino y respetar el de los demás.”

En esta apresurada semblanza he querido hacerme eco, sobre todo, de la voz, de un mexicano ilustre precisamente por su discreción en la grandeza, por su rechazo del oropel y de la inautenticidad. Escucharemos ahora, sin intermediarios, la palabra de Jaime Torres Bodet. Y no olvidemos que quien es capaz de manejar como él la palabra puede hacerlo porque ha aprendido a conocerse a sí mismo, que es la mejor manera de conocer a los demás. La política y la cultura tienen que ver con las palabras y con los hombres. Aunque las voces de los hombres parezcan clamar, muchas veces, en el desierto nunca se pierden completamente. Las voces cristalizan en actos. Y los actos nos reflejan, nos hacen perdurar y nos inscriben en la historia.

### DISCURSO DEL CIUDADANO JAIME TORRES BODET

Señor Presidente del Senado de la República; Señor Secretario de Gobernación, Representante Personal del Señor Presidente de la República; Señor Presidente de la H. Suprema Corte de Justicia de la Nación; Señor Representante de la H. Cámara de Diputados; señores Senadores; señoras y señores:

Por el prestigio del varón ejemplar de quien lleva el nombre, por la cívica intrepidez que evoca, por las virtudes que simboliza, por la calidad del Senado que me la otorga y por la fecha escogida para entregármela, aniversario del día en que se consumó el sacrificio de Don Belisario Domínguez, la medalla que vengo hoy a recibir me depara un insigne honor.

Semejante honor, no sé en realidad cómo agradecerlo. El crepúsculo de la edad, si es sincera el alma, se parece al crepúsculo de la tarde, cuando son largos los días claros. Nos permite apreciar, a distancia, el camino que seguimos desde la aurora, estimulados por el anhelo de cumplir cabalmente nuestro deber.

Me ha conmovido escuchar lo que, de manera tan elocuente, se ha dicho en este recinto acerca de mis esfuerzos. Lo único que estoy en aptitud de asegurar a ustedes es que la intención de mis días y de mis obras fue la de servir, lo mejor que pudiese hacerlo, al pueblo al que pertenezco y, como miembro de nuestro pueblo, a la humanidad. Sí, a la humanidad ansiosa, por todas partes, de fervor en la independencia y de lealtad en la búsqueda del progreso.

La distinción que se me dispensa me obliga hoy a considerar cuán modestas son las actividades que realizamos, individualmente, en nuestra lucha con el destino. Comparo mis errores y mis aciertos. Y comprendo que los primeros fueron más míos que los segundos. En mis horas felices participaron siempre legiones de compañeros, célebres unos y otros anónimos.

Pienso, en primer lugar, en los maestros que guiaron mi juventud y en los millares de campesinos, obreros, profesores y alumnos que oyeron mi voz en la madurez. Recuerdo a los hombres y a las mujeres que vi estudiar -bajo lámparas macilentas- en los centros de

enseñanza que visité durante la Campaña Nacional contra el Analfabetismo; a los arquitectos que invité a recorrer los estados y territorios de la República, a fin de proyectar y de construir nuevas escuelas y nuevos centros de aprendizaje; a los mexicanos que me aconsejaron y me auxiliaron, cuando era yo Secretario de Relaciones Exteriores, en la defensa de nuestros postulados de no intervención, autodeterminación y colaboración pacífica de los pueblos. Y recuerdo, asimismo, a los habitantes de países lejanos, pobres, austeros, que tuve la oportunidad de admirar como Director General de la UNESCO, en su afán patético de obtener, merced a la educación, un aprovechamiento mejor de sus facultades para el trabajo y para la vida.

Todos ellos escribieron, junto conmigo, los fragmentos menos opacos de mi existencia. Todos ellos me dieron confianza para emprender y tenacidad para proseguir. Todos ellos, por consiguiente, merecerían esta medalla, de la cual no soy, en el fondo, sino un venturoso depositario.

Animado por la memoria de cuantos me ayudaron a ser, a esperar y a perseverar, doy a ustedes, señores, las gracias muy cordialmente. Al evocarlos, quisiera también pedir, desde esta tribuna, a las conciencias libres del mundo entero un renovado impulso para afrontar, con vigor y con decisión, los graves problemas de nuestra época. Hace años que me preocupa lo que llamé alguna vez la angustia de nuestro tiempo. Muchos son los signos de tal angustia. Mencionaré sólo, entre otros, la despersonalización paulatina del hombre, el ansia de goces fáciles, el desdén, a menudo injusto, para todo lo hecho por quienes nos precedieron y la falta de una concordancia apropiada entre la técnica y la cultura.

A fuerza de conquistas materiales, frecuentemente mal empleadas, y de adelantos científicos, insuficientemente comprendidos por la mayoría de quienes disfrutan de ellos -o los padecen-, los pueblos podrían llegar, más pronto de lo que algunos suponen, a un estado alarmante de incoherencia. Ahora bien, si la ruina mayor sería el desistimiento de la conciencia humana, lo que interesa ante todo es luchar para devolver al hombre el sentido, la satisfacción y el orgullo de su responsabilidad personal, de la responsabilidad personal que tiene en el logro de cualquier éxito colectivo.

Estamos asistiendo actualmente, en el plano mundial, a un espectáculo doloroso: el aislamiento del individuo, como persona, dentro de las masas compactas que lo rodean. Existe, en todos los continentes, una distancia cada día más notoria entre las estructuras de la organización colectiva y la soledad de cada individuo, a menudo incomunicado, confuso y trunco, en el conjunto social del que forma parte.

Pocas veces la sabiduría fue tan propensa a manifestarse mediante símbolos y abstracciones. Por necesidad de especialización en las minorías, y por falta de un común denominador en quienes intentan conciliar la diversidad en las libres empresas del pensamiento, el abismo entre la inteligencia y las masas podrían ir ahondándose sin cesar. A la incultura por carencia de técnicas, no habrá de sumarse, en lo sucesivo, otra forma dramática de incultura: la incultura por exceso de mecanismos, la obediencia automática del robot. Para que la primacía de lo humano no disminuya, será preciso que el humanismo

oriente incansablemente a la técnica y que ésta, a su vez, se impregne de un humanismo concebido a la escala de toda la humanidad.

Al concluir -en 1945- la segunda gran guerra de esta centuria, muchos estadistas se refirieron a la posibilidad de afirmar, gracias a la comprensión recíproca de las naciones más diferentes, un mundo unido, próspero y solidario. Y nos encontramos ahora ante un mundo cada vez más interdependiente, pero no por interdependiente más solidario. A la guerra fría, y a conflictos como los de Vietnam y el cercano Oriente, se agrega la perspectiva de una guerra económica que amenaza, con particular rigor, a los países insuficientemente desarrollados. Frente a sociedades de consumo, pletóricas por la sobreproducción, abundan sociedades de producción escasa, condenadas al subconsumo.

Nunca habían acumulado los gobiernos de las grandes potencias fuerzas mayores para la construcción -o para la destrucción- de la paz. Nunca habían los inventores puestos al servicio de la voluntad política de dominio, instrumentos tan eficaces como los que actualmente conoce el hombre. Nunca fueron los países ricos más imperiosos, ni se encontraron más desvalidos los países necesitados. Y esto ocurre precisamente en un periodo de la historia en que la explosión demográfica plantea a todos los habitantes del planeta cuestiones que exigen ser examinadas a tiempo y con seriedad, a fin de procurar resolverlas con medidas humanas y previsoras.

Es imprescindible encauzar el desarrollo técnico universal hacia un equilibrio que, acatando los valores supremos de la cultura, limite a los poderosos y apoye a los débiles de la tierra. Urge, asimismo, comprender y animar a la juventud. Desconcertada, en todas las latitudes, la juventud se rehúsa en ciertas ocasiones a aceptar promesas que, por falta de consecuencias prácticas evidentes, juzga sin contenido. Pero depositaría -si no me engaño- todo su entusiasmo y toda su fe en actividades y en normas claras, precisas, francas, que los hechos no desmintiesen a cada instante. A los jóvenes más que el rigor o el reproche, persuaden siempre la probidad del ejemplo, el conocimiento de la conducta recta de sus mayores.

Siempre he creído que no sólo la escuela educa a la juventud. Junto con los maestros, deben educarlas instituciones, los artistas, los sabios, los escritores y cuantos utilizan los medios de información, como la prensa, la radio, la televisión y el cinematógrafo, asociándose todos estrechamente -en sus programas de trabajo- a la acción emprendida por los padres de familia desde el hogar y por los profesores desde la escuela. Reconozcámoslo, señores, honradamente: del porvenir de las nuevas generaciones, la comunidad entera ha sido, es y será la máxima responsable.

A mi edad, toda síntesis implica recapitulación. De ahí que me vea obligado a repetir aquí lo que dije, hace tiempo, a muchos miembros del magisterio. Más aun que saber instruir, conviene saber educar. Toda función educativa bien entendida debe esmerarse por conseguir la formación del carácter y no sólo la del talento del ciudadano que ambicionamos. Un ciudadano que quiera a su Patria entrañablemente, sin desconocer sus males y sus flaquezas, y sin ignorar o menospreciar la razón de existir de quienes en otras patrias, trabajan, sufren y mueren. Un ciudadano superior a las mezquindades de la adulación y

del servilismo, que no abdique nunca de sus derechos por timidez o por negligencia, pero que no los ejerza abusivamente y que, sobre todo, jamás olvide que la garantía interna de esos derechos radica en el cumplimiento de los deberes que nos imponen. Lo que afirmará esencialmente el derecho de cada hombre será el respeto que demuestre para el derecho de los demás.

A fin de que ciudadanos del carácter que esbozo aquí se realicen con plenitud, importa a todas las naciones del mundo una lúcida alianza humana, inmune siempre a los espejismos de la mentira. En efecto, de todas las contaminaciones de que tanto se habla -y no sin razón- en estos postreros decenios del siglo XX, la más humillante sería la contaminación de los ideales.

Las condiciones del mundo en que nos ha tocado crecer no son, por cierto, las más propicias para la evolución de pueblos que no desean asumir el papel de súbditos y satélites, sino de constructores de una convivencia justa y civilizada. Pero afortunadamente nuestro pueblo posee una fuerza interior, que constituye a mi juicio su capital más valioso y más perdurable: el estoicismo, la fe en sí propio, el caudal de esperanza que lo enaltece y que lo conducirá a conservar incólume su verdad. Fundados en esa esperanza, y capaces de ir la perfeccionando -día a día- merced al ejercicio, espontáneo y libre, del sentido crítico necesario para distinguir con exactitud entre lo que exige perseverancia y lo que sería sólo estéril obstinación, deberemos ver el futuro con energía, pues valdremos -a la postre- lo que valgan nuestras verdades.

Tendremos, ciertamente, que vencer todavía muchos obstáculos. Pero abrigo la certidumbre de que, unidos, los venceremos. Al detenerme en una posada, cerca del lago de Como, en uno de mis viajes encontré un cenicero, obra de cerámica popular. El artesano que lo hizo había trazado en italiano, como lema decorativo, está sola frase: "No hay descanso sino en la cumbre." Advertí, en esas palabras, una lección. No podemos cesar de esforzarnos nunca. Mientras exista una cima por escalar, habremos de sobreponernos a la fatiga. Y ascender, ascender sin tregua, para llegar algún día a ser lo que nos sentimos con el derecho de ser.

Por eso señores senadores, al reiterar a ustedes mi reconocimiento profundo, me permitiré añadir un voto: ¡Que México, cada vez más verídico en la exposición de sus aspiraciones, sea incansable siempre en la afirmación de sus libertades, íntegro en el mantenimiento de la justicia, y valiente como lo fue Belisario Domínguez- en la expresión auténtica de su espíritu!